

El joven Barnave: «Habéis declarado lo que sois; no tenéis necesidad de sanción.»

El bretón Grezen: «¡Cómo! El soberano habla como dueño, cuando debería consultar.»

Pétion, Buzot, Garat y Gregoire hablaron tan vigorosamente como los anteriores. Y Sieyes, con sencillez: «Señores, sois hoy lo que ayer erais.»

La Asamblea declara en seguida, por la proposición de Mirabeau, que sus miembros eran inviolables y que cualquiera que pusiera la mano sobre un diputado era infame y merecedor de la muerte.

Este decreto no fué inútil. Los guardias de corps habían formado en línea delante de la sala.

Se suponía que sesenta diputados serían hechos prisioneros durante la noche. La nobleza, con su presidente á la cabeza, fué á dar las gracias á su salvador el conde de Artois, buena persona que más tarde fué prudente y se guardó bien de permanecer en su casa. Muchos fueron á ver á la reina triunfante, regocijada, que dando la mano á su hija que tenía en brazos al delfín, les dijo: «A la nobleza lo confío.»

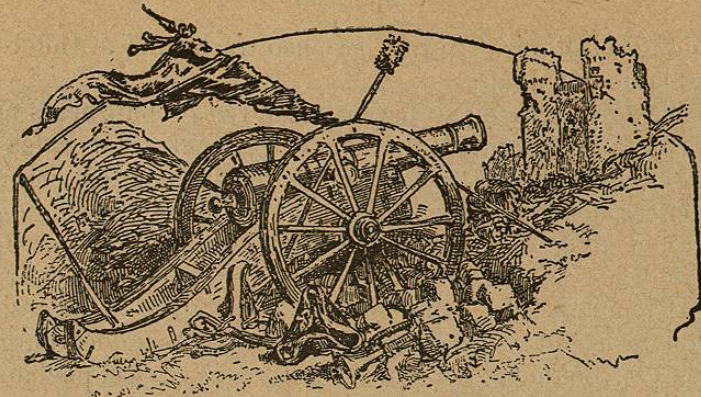
El rey no participaba de esta alegría. El silencio del pueblo, tan nuevo é inesperado para él, le había turbado y preocupado. Cuando llegó Brèze á decirle que los diputados del Tercer Estado continuaban reunidos en sesión y le pidió sus órdenes, paseó durante algunos minutos, y con el tono de voz del hombre agobiado, dijo luego: «Pues bien, que los dejen.»

El rey habló sabiamente. Todo lo temía. Un paso más y París marcharía contra Versalles. Ya Versalles estaba alborotado. A cinco millas de la población, seis mil hombres llegan al castillo. Le reina ve con terror aquella extraña corte completamente nueva que invade los jardines, las terrazas y llega á las habitaciones. Ruega, suplica al rey que deshaga lo hecho, que vuelva á llamar á Necker... No tenía que venir de lejos; estaba cerca, aguardando convencido, como siempre, que nada podría hacerse sin él. Luis XVI le dijo bonachonamente: «Yo no he hecho en balde mi Declaración; no la retiro.»

Necker no puso ninguna condición. Satisfecha su vanidad, ebrio de oír gritar *Necker!*, no tuvo ningún otro pensamiento.

Salió esponjado de alegría á la gran galería del castillo, y para convencer bien á la multitud pasó á través de ella... Dos locos se pusieron ante él de rodillas y le besaron las manos. El, turbado, conmovido: «Sí, hijos míos; sí, hijos míos, me quedo, estad seguros...» Y llorando como un niño entró en su gabinete.

Pobre instrumento de la corte, quedaba allí sin exigir nada; quedaba para cubrir la intriga con su nombre, servir de tapadera, asegurar la corte contra el pueblo; devolvió el valor á los brazos que se escondían ante la multitud y les dió tiempo para llamar á los tropas.



CAPITULO V

Movimiento de París

Asamblea de los electores, 25 de Junio.—Movimiento de guardias franceses.—Agitación del Palais-Royal.—Intrigas del partido de Orleans.—El rey ordena la reunión de los órdenes, 27 de Junio.—El pueblo liberta á los guardias franceses, 30 de Junio.—La corte prepara la guerra.—París pide ser armado.—Caída de Necker, 11 de Julio de 1789.

La situación era extraña, visiblemente provisional.

La Asamblea no había obedecido. El rey nada había revocado.

El rey había vuelto á llamar á Necker, pero tenía á la Asamblea como prisionera en medio de tropas; había logrado que el público no pudiera asistir á las sesiones; la puerta grande permanecía cerrada y los diputados entraban por la puerta posterior y discutían sin auditorio.

La Asamblea reclamó débilmente. La resistencia del día 23 parecía haber agotado sus energías.

París no se abate del mismo modo.

No se resigna ver sus diputados haciendo leyes, prisioneros.

El 24 la agitación fué terrible.

El 25 estalla de tres modos á la vez: por la multitud, por los electores y por los soldados.

El trono de la Revolución se establece en París.

Los electores habían acordado reunirse después de las elecciones para completar sus instrucciones á los diputados que habían elegido. Aunque el ministerio les negó permiso para reunirse, el golpe de Estado del 23 les animó; dieron también su golpe de Estado y se reunieron el día 25 en la calle Dauphine. Una miserable sala de una fonda, ocupada en aquel momento por una boda que dejó su puesto, sirvió para reunirse la Asamblea de electores de París. Este fué su Juego de Pelota.

Allí, París, por su órgano electoral, se comprometió á sostener la Asamblea nacional.

Uno de los electores, Thuriot, propuso trasladarse al Hotel-de-Ville á la gran sala de San Juan.

Estos electores eran en su mayor parte ricos y burgueses notables; la aristocracia también era allí numerosa. Pero entre ellos había muchos exaltados. Dos, sobre todo, eran ardientes revolucionarios, con una singular tendencia al misticismo: uno, el abate Fauchet, elocuente é intrépido; el otro su amigo Bonneville (el traductor de Shakspeare). En el siglo XIII ambos hubieran sido quemados por heréticos seguramente. En el XVIII tomaron, antes que nadie, la iniciativa de la resistencia, que no hubiera podido esperarse sin ellos de la Asamblea burguesa de los electores (1). Bonneville el 6 de Junio propuso que el pueblo de París fuera armado y fué el primero en gritar: «¡A las armas!» (2).

Fauchet, Bonneville, Bertolio y Carra, un violento periodista, presentaron proposiciones que ya hubieran debido haberse hecho en la Asamblea nacional: 1.^a La guardia burguesa. 2.^a La organización próxima de una verdadera comunne electiva y anual. 3.^a Un mensaje al rey pidiendo el alejamiento de las tropas y la libertad de la Asamblea, revocando el golpe de Estado del día 23 (3).

El mismo día de la primera reunión de los electores, como si el grito ¡a las armas! hubiera repercutido en todas partes, los soldados de las guardias francesas, retenidos durante muchos días, forzaron la consigna, se pasearon por París y fraternizaron con el pueblo del Palais-Royal. Desde hacía mucho tiempo se organizaban entre ellos sociedades secretas y juraban no obedecer á ningún orden que fuese enemigo de los de la Asamblea. El acto del día 23, en el que el rey declaró de la manera más terminante que *no cambiaría jamás la constitución del ejército*, es decir, que la nobleza tendría siempre acaparados los grados, que el plebeyo no podría subir, que el soldado moriría soldado, fué una declaración insensata que acabó lo que el contagio revolucionario había comenzado.

Los guardias franceses, habituados á vivir en París, casados la mayor parte, habían visto poco antes suprimir por su coronel M. Du Châtelet, hombre duro y violento, la escuela donde se educaba gratis á sus hijos. El único cambio que en las instituciones militares se había hecho, se hizo contra ellos.

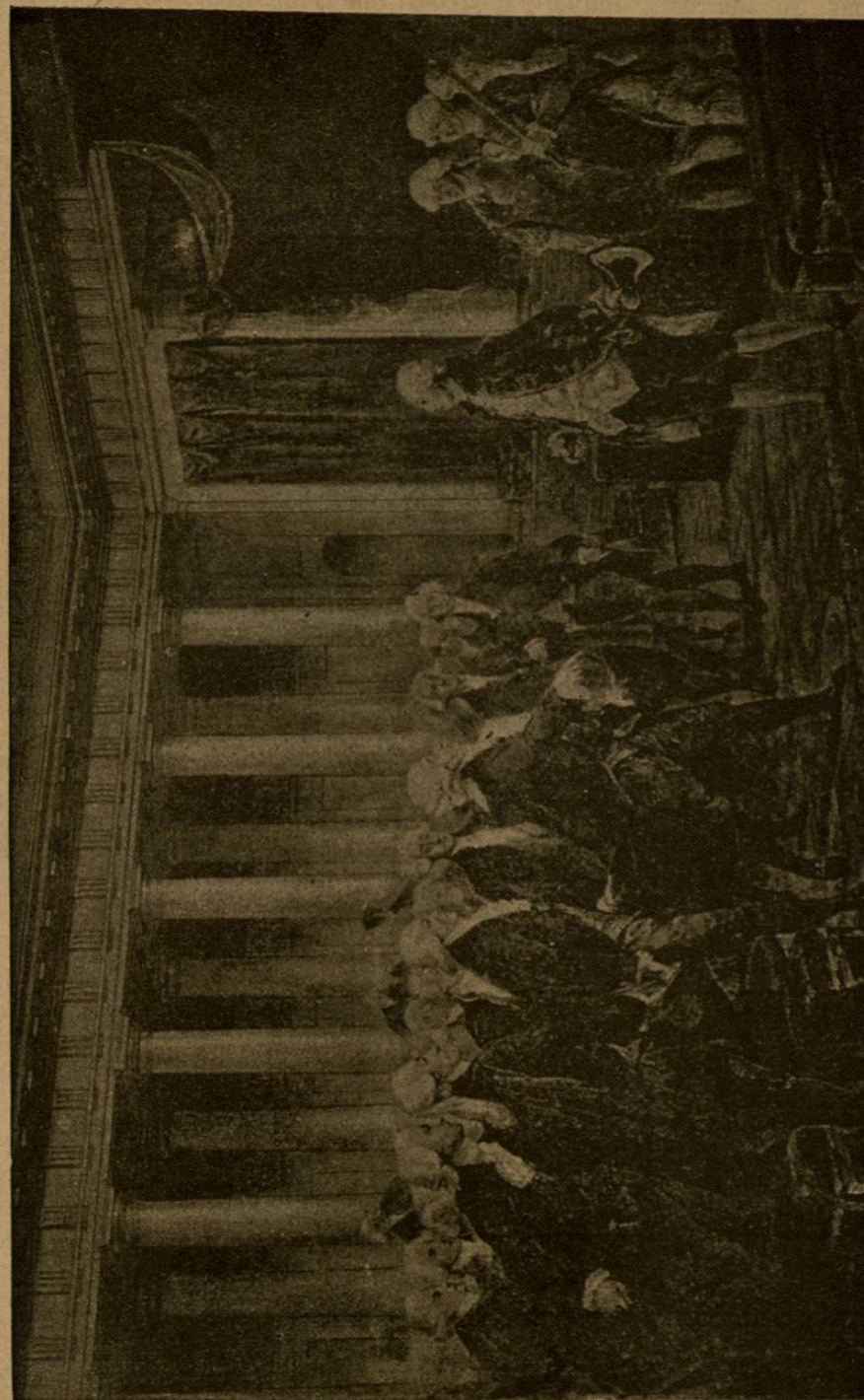
Para apreciar bien estas palabras, *instituciones del ejército*, conviene saber que en los presupuestos de aquella época los oficiales consumían 49 millones y los soldados 44, cinco menos (4). Es preciso saber,

(1) Comparad las memorias de Bailly y el proceso-verbal de los electores redactado por Bailly y Duveyrier.

(2) En ninguna parte se confió más nunca en la debilidad del pueblo. La conocida dulzura de las costumbres parisienses, el gran número de funcionarios, las gentes de negocios que no podían menos de perder en el movimiento, la multitud de los que vivían de los abusos, hizo creer antes de las elecciones que París se mostraría muy burgues y tímido. (Vease Bailly. p. 16, 150).

(3) Dussaulx. *Obra de los siete días*, p. 271 (edición 1822).

(4) Necker. *Administración*, II, 422, 435 (1784).



RÉPLICA DE MIRABEAU. — Id á decir á quienes os han enviado que estamos aquí por la voluntad del pueblo.. (Pág. 108)
(De una litografía de la época)

además, que Jourdan, Joubert y Kleber, que habían servido, abandonaron el estado militar, como un callejón sin salida una carrera deses- perada. Augereau era suboficial de infantería; Hoche era sargento de las guardias francesas; Marceau soldado; estos jóvenes de gran corazón y muchas ambiciones, estaban así detenidos para siempre. Hoche tenía veintiún años y se educaba como si hubiera de llegar á general en jefe: literatura, política, filosofía, lo leía y devoraba todo. Para poder comprar algunos libros este gran hombre hacía camisetas y las vendía en un café! Las miserables pagas del soldado, con cualquier pretexto eran retenidas por los oficiales, quienes, según se decía, la disipaban entre ellos (1).

El movimiento de las guardias francesas no era, pues, un motín pretoriano, una brutal algarada de soldadesca indisciplinada. Se hizo en apoyo de las declaraciones y de los electores del pueblo.

Este ejército verdaderamente francés, parisién en su mayor parte, seguía á París, seguía la ley, la ley viva, la Asamblea nacional.

Llegaron al Palais-Royal saludados, abrazados por la multitud, apretados, casi estrujados por ella. El soldado, este verdadero paria de la vieja monarquía, tan maltratado por los nobles, es recibido por el pueblo... ¿Y cómo no, si bajo el uniforme es el pueblo mismo? Dos hermanos se encuentran, el soldado y el ciudadano, dos hijos de una misma madre; caen el uno en brazos del otro y corren lágrimas de sus ojos...

El odio, la ira y el espíritu de partido, han desfigurado estas grandes escenas, han oscurecido la historia á su gusto. Se les ha agregado tal ó cual anécdota ridícula. ¡Digno divertimento de los espíritus pequeños! Se ha atribuído á estos inmensos movimientos no sé qué miserables, imperceptibles causas...

No, estos movimientos fueron de un pueblo, verdaderos, sinceros, inmensos, unánimes; Francia tomó parte en ellos, tomó parte París (cada uno en su medida), todos despertaron; aquéllos con el brazo, éstos con la voz y otros con el pensamiento, despertaron de lo más profundo de su corazón el ardiente deseo que dormía.

¿Qué digo Francia? El mundo entero, pudiera decir mejor. Un enemigo, un envidioso, un ginebrino imbuído de todos los prejuicios ingleses, no pudo menos de reconocer que en este momento decisivo el mundo entero miraba con inquieta simpatía la marcha de nuestra Revolución, sintiendo que Francia resolvía á su costa y riesgo los asuntos del género humano (2)...

Un agrónomo inglés, Arthur Yonng, hombre positivo, especial, que había venido á Francia—cosa graciosa—á estudiar la agricultura en aquellos momentos, se extraña del profundo silencio que reina alrededor de París; ningún coche, apenas un hombre. La terrible agitación que concentraba á la gente en el interior, convertía las afueras en

(1) Sólo el regimiento de Beance se creía estafado en las sumas de 240 y 727 libras.

(2) El Dumont. *Recuerdos*, pág. 135.

un desierto... Entra y el tumulto le extraña, atravesando asombrado esta capital del ruido. Va al Palais-Royal, al centro del incendio, al punto más brillante de la hoguera. Diez mil hombres hablaban á la vez; era aquel un día de victoria para el pueblo; la alegría era verdadera locura... Asustado, aturdido en aquella Babel, se retira deprisa... Pero la emoción tan grande, tan viva de aquel pueblo unido en un solo pensamiento, ha germinado también en el espíritu del viajero, apoderándose de él; sin notar el cambio y sin achacarlo al deseo de libertad, el inglés se asocia poco á poco al movimiento y hace votos por Francia (1).

Todos se olvidaban. El lugar, el extraño lugar donde la escena se desarrollaba, parecía en tales momentos olvidarse de sí mismo. El Palais-Royal no sería ya más el Palais-Royal. El vicio, en la pasión de una grandeza tan sincera, en la llama del entusiasmo, se hacía puro un instante. Los más depravados levantaban la cabeza y miraban el cielo; su pasado, un mal sueño, había muerto, al menos por un día; ¿honrados?, no podían serlo, pero se sentían heroicos en nombre de las libertades del mundo... Amigos del pueblo, hermanos entre ellos, no teniendo nada de egoístas, estaban dispuestos á repartirlo todo.

Que hubo agitadores interesados en aquella multitud, no puede constituir una duda para nadie. La minoría de la nobleza, ambiciosos y agitadores, los Lameth y los Duport, trabajaban al pueblo por medio de sus agentes. Otros peores todavía se agregaron al movimiento. Todo ello pasaba—preciso es decirlo—bajo las ventanas del duque de Orleans, de aquella corte intrigante, codiciosa, inmunda... ¡Ah!, ¿quién no tendrá piedad de nuestra Revolución, de aquel movimiento inocente, desinteresado, sublime, cegado por aquellos mismos que creían un día ú otro orientarla en provecho suyo?

Miremos á aquellas ventanas. Veo distintamente una mujer blanca, un hombre negro; el vicio y la virtud; madame de Genlis y Choderlos de Laclos, los consejeros del príncipe. Los papeles están divididos. En aquella casa donde todo es falso, la virtud está representada por madame Genlis, sequedad y sensiblería, un torrente de lágrimas y de tinta, el charlatanismo de una educación modelo, la constante exhibición de su hija adulterina, la linda Pamela (2). En este lado del palacio está la oficina filantrópica, donde la caridad se organiza con gran aparato la víspera de las elecciones (3).

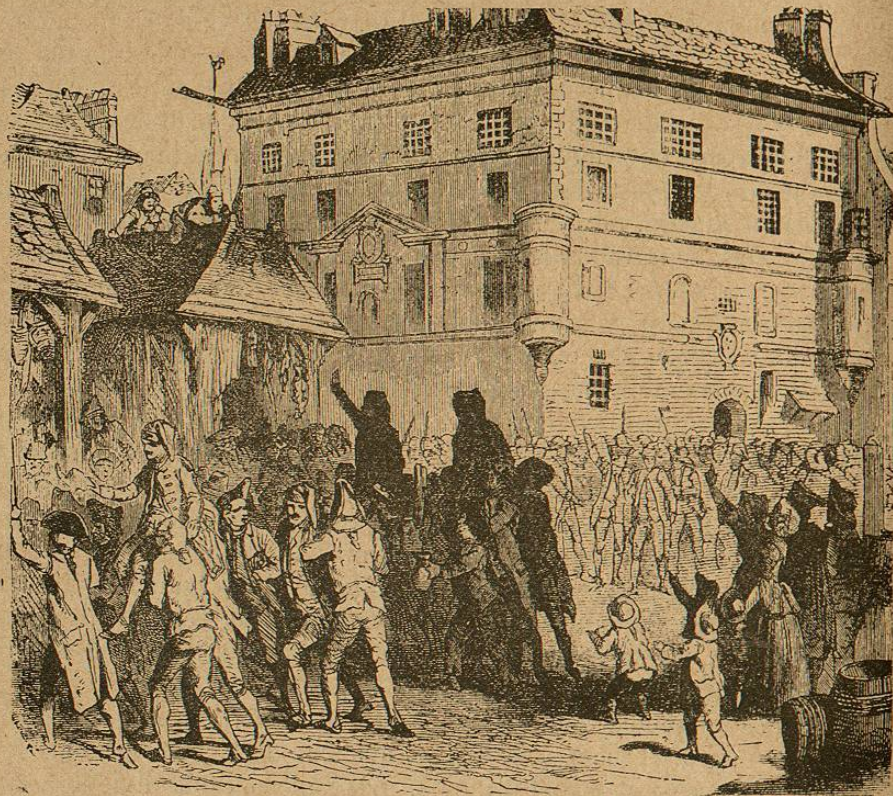
No ha pasado mucho tiempo desde que el príncipe de Orleans, después de comer, corría completamente desnudo de París á Bagatelle. Pero hoy es un hombre de Estado ante todo, un jefe de partido; así lo quieren sus queridas. Han soñado estas buenas mujeres dos cosas: una amplia ley de divorcio y un cambio de dinastía. El confidente político del prín-

(1) Claro es que con reservas y á condición de que Francia adoptara la constitución de Inglaterra. Arthur Goung, *Viaje*, tom. 1.

(2) Hasta enviarla á caballo en medio de la multitud, seguida de un criado con la librea de Orleans. Madame Lebrun fué testigo de esta escena.

(3) Brissot trabajó allí algún tiempo. *Memorias*, II, 430.

cipe es aquel hombre sombrío, taciturno, que parece decirnos: «Yo conspiro, nosotros conspiramos.» Es el profundo Laclos, que por su librito *Alianzas peligrosas* se enorgullece de haber hecho pasar la novela del vicio, insinuando allí que la galantería hábil es un prelude útil á la habilidad política. Y esta es su ambición, este el papel que quiere desem-



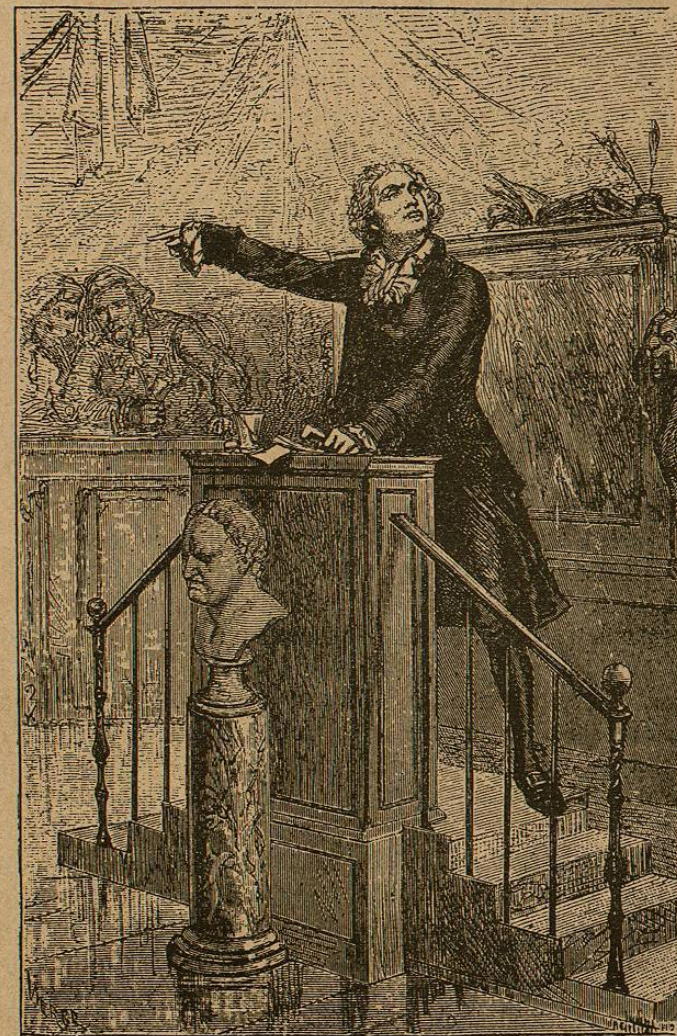
El pueblo saca de la Abbaye los guardias franceses prisioneros (Pág. 120)

peñar... Muchos dicen para dañar al príncipe: «Laclos es un hombre negro.» No era fácil convertir en jefe de partido al duque de Orleans; en aquella época estaba ya gastado, agotado de cuerpo y de corazón, muy débil de espíritu.

Unos estafadores le hacían buscar la fórmula de fabricar oro en los graneros de Palais-Royal y le hicieron entablar relaciones con el diablo (1).

(1) El príncipe hacía oro, como se ha intentado hacer siempre. Entre otros ingredientes era necesario un esqueleto humano que llevara enterrado tal número de años y tantos días. Se buscó entre los muertos conocidos y encontró que precisamente el esqueleto del sabio Pascal reunía todas las condiciones apetecidas. Fueron sobornados los guardias de Saint-Etienne-du-Mont y el pobre Pascal fué entregado á las manipulaciones del Palais-Royal. Tal es al menos el relato de una persona que vivió mucho tiempo con madame de Genlis y le oyó contar la extraña anécdota.

Otra dificultad era que el príncipe, además de todos los vicios adquiridos, tenía uno natural, fundamental é imperecedero, que no concluye con el agotamiento físico como los otros y que permanece fiel á



Mirabeau propuso un mensaje... (Pág. 121)

su dueño. Hablo de la avaricia. Alguna vez dijo: «Yo daría la opinión pública por un escudo de seis francos.» Esto no era una frase vana. Bien lo demostró cuando á pesar del clamor público apuntaló el Palais-Royal.

Sus consejeros políticos no eran bastante hábiles para hacerle parecer mejor y le hicieron dar más de un paso falso é imprudente.

En 1788, el hermano de madame de Genlis, un joven sin otro tí-